

El lector

F. L. CHIVITE

No me refiero al que lee algo de vez en cuando. Ni al que compra en la feria libros que nunca abrirá. Ni al lector de periódicos. Ni siquiera al bien intencionado lector de fin de semana. Sino al hermano anónimo del dulce Baudelaire, al lector herido: a ése que de ninguna manera concibe ya su vida sin los libros.

No sé si Nabokov apreciaba mucho o poco la música, pero en alguna parte cuenta que, viéndose en cierta ocasión obligado a asistir a un importante concierto fue incapaz de disfrutar de la música pensando en el libro interrumpido que le aguardaba en su cuarto y en las maravillosas horas de lectura que todavía esperaba disfrutar aquella noche. En un sentido parecido, pero con la perspectiva de toda una vida, Renard hablaba de su alegría por los libros que aún no había leído y se felicitaba a sí mismo por la emoción que, al cabo de los años, alcanzaría al leerlos. Esa es una enfermedad que no se cura nunca. Una enfermedad que, por regla general (y para espanto de los progenitores), suele contraerse a una edad bastante temprana.

“Quizá no hubo días en nuestra infancia más plenamente vividos que aquellos que creímos dejar sin vivirlos, aquellos que pasamos con un libro favorito”. Con esas palabras comienza Proust un delicioso texto titulado precisamente *Sobre la lectura*, en el que nos recuerda el *placer divino* de las lecturas juveniles a las que nos entregábamos sin condiciones y desprecia un poco a quienes se imponen la autodisciplina de leer por obligación con el único fin de alcanzar una supuesta formación intelectual.

119

En aquellas primeras lecturas apasionadas de la juventud ocurrió algo: se produjo un misterio: aprendimos una cosa esencial: aprendimos la fascinación de la clandestinidad, la sensación inigualable de estar descubriendo algo maravilloso sin la ayuda de nadie, completamente solos, en el silencio de la habitación. Eso deja en todo lector una fuerte voluntad de aislamiento, de alejamiento del mundo. Sólo a medias vive en este mundo el lector, dice Jünger: Con la otra mitad de sí vive en otro mundo, en un mundo diferente, e incluso mejor. Hay personas que pasan su vida entera en ese estado y no es raro que las encontremos con un libro en la mano cuando llegue la muerte a sorprenderlas. Son tipos que van desarrollando unos rasgos peculiares: pronto empiezan a preferir la soledad de su cuarto y el contacto con los libros al jolgorio de las fiestas. Se alejan de los habituales lugares de reunión y juzgan insípidos los gustos de su época. Como señala Connolly, adquieren una manera de ver las cosas que distorsiona los valores de la vida ordinaria, les consume la hierba del desapego, les deprime la cháchara, tienden al silencio y a la contemplación y el único exceso que se permiten es la curiosidad.

Naturalmente, esta clase de tipos no abunda, pero su número tampoco disminuye pues su existencia no depende en absoluto de las modas sociales. Obedecen a una especie de impe-

rativo interior que condiciona radicalmente todas las decisiones que toman (aunque, en cuestión de decisiones, siempre toman las menos posibles), hasta el punto de que son capaces de abandonarlo todo con tal de abrirse un hueco en el tiempo y lograr para sí el ocio que precisan más que el aire. Su felicidad es de un orden que resulta difícil de comprender a los no lectores, pues consiste precisamente en situarse fuera, en no estar, en salirse del tiempo. "Paso en la biblioteca la mayor parte de mis días y las más de las horas del día —dice Montaigne. Ora hojeo un libro, ora otro, y ello sin orden ni designio y a párrafos sueltos. Este lugar de mi casa es sólo mío y procuro substraerlo a la comunidad conyugal, filial y civil". También Canetti en uno de sus últimos aforismos se refiere a esta soledad radical del lector: "Leer con todos los relojes parados, lectura feliz".

Pero junto a esa felicidad anticipada por los libros que nos quedan por leer, a la que se refería Renard, se produce también, al cabo de los años, una especie de nostalgia de los libros ya leídos y de los lugares que con cada libro visitamos. Es la nostalgia de la primera vez: la nostalgia de la fascinación que acompañó ese viaje irreplicable. Conocí la Baixa de Pessoa, la aldea de Chejov, el condado de Faulkner, el Dublín de Joyce o el París de Maupassant. Estuve en esos sitios imposibles. Si volviera, probablemente los reconocería. Pero también me buscaría a mí mismo sentado entre las mesas del Martinho d'Arcada o cruzando entre la niebla el puente Penny tras las huellas de Dédalus. Empezar a leer un libro es abrir una puerta a un mundo en el que siempre se entra solo. Acabar de leerlo es como abandonar un lugar en el que, a pesar de todo, algo de nosotros se queda allí atrapado para siempre.

120

Refiriéndose al hábito de la lectura continuada, Jünger se atreve a afirmar: "Si cada día se añaden unos ladrillos, al cabo de sesenta años se podrá vivir en un palacio". Pero, ¿es eso cierto?, se pregunta a su vez Botho Strauss. "El anciano lector ¿no se encuentra al final también ante una casa abierta, carbonizada, cuya puerta cuelga incierta de los goznes?" No lo sé, no está claro. En cualquier caso, la buena literatura deja mucha sombra, eso sí es cierto. Rara vez deja intactas nuestras convicciones y casi siempre nos obliga a dudar. Si uno tiene un puñado de férreas convicciones y no quiere ponerlas en peligro, lo mejor es que no lea a desconocidos porque le pueden dar un disgusto. Al final, para una cosa sí es seguro que sirve la literatura: para hacernos más tolerantes y respetuosos con lo que nos es ajeno. Al fin y al cabo, una cosa sí nos enseña: a mirar a los otros, a ver las vidas de los otros: a tratar de entenderlas, por descabelladas que nos parezcan. O en último término, a aceptar que sencillamente están ahí.